AMOR QUE PUDO SER TRAICIÓN Y FUE SACRIFICIO

The Independent, 28 de septiembre de 1929, vol. XVI, núm. 3, págs. 21-22[126]. Sección "Arte y Artistas".

I

Ernesto oyó sonar lentas, isócronas, las campanas del reloj. Una… dos… tres… Sí, las tres de la madrugada. Lo comprobó, además, un gallo que clarineó, triunfante, en el hondo silencio de la noche.

Habían sido, pues, cinco horas de continuo meditar. A las diez se había acostado y hasta ahora, a las tres, sus pensamientos se habían mantenido ágiles, despiertos, fustigados por un grave problema que acaso había de decidir su vida. Le ocurría lo que siempre que se había visto frente a frente a un dilema trascendental: el sueño huía de sus párpados y toda la vida se concentraba en el instante actual. Pensó en Hamlet, en el pálido príncipe del norte que frente a la calavera, el signo de la muerte, hizo depender su vida del problema de ser o no ser; sólo que él, más moderno y más sentimental, hacía ahora depender su propia vida del problema de todos los que sueñan, de todos los que tienen alma y corazón, de todos los que buscan lo bello, en una flor, en una estrella, en una mujer...

—¿Amar o no amar?

Así surgía, frente a su corazón, la tremenda pregunta.

II

Había vivido una vida intensa. De la larga jornada, conservaba hondas cicatrices: amores muertos, amores segados en el momento

[126] Transcrito del original que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Filipinas, también se conserva copia en el Museo López.

Arte y Artistas

CUENTO

Amor Que Pudo Ser Traicion y Fue Sacrificio...

Por ENRIQUE K. LAYGO

I

Ernesto oyó sonar lentas, isócronas las campanadas del reloj. Una dos .. tres.... Sí, las tres de madrugada. Lo comprobó, además, el gallo que clarineó, triunfante, en el hondo silencio de la noche. Habían sido, pues, cinco horas de continuo meditar. A las diez se había acostado y hasta ahora, a las tres, sus pensamientos se habían mantenido ágiles, despiertos, fustigados por un grave problema que se habría de decidir su vida. Le parecía lo que siempre que se había puesto frente a frente a un dilema trascendental: el sueño huía de sus párpados y toda la vida se concentraba en el instante actual. Pensó en Hamlet, en el pálido príncipe del Norte que frente a la calavera, el signo de la muerte, hizo depender su duda del problema de ser o no ser; y que él, más moderno y más sentimental, hacía ahora depender su propia vida del problema de todos los sueños, de todos los que tienen mente y corazón, de todos los que buscan lo bello, en una flor, en una estrella, en una mujer....

¿Amar o no amar?

El surgía, frente a su corazon, la grande pregunta.

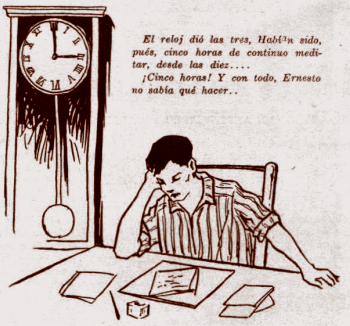
II

Había vivido una vida intensa. En la larga jornada, conservaba las cicatrices: amores muertos, otros segados en el momento inicial y en pos de ellas, una caravana de encantos. De cuantas mujeres creyó amado, solo conservaba otros, y con ellos, guardados en un rincon de recuerdos, algun que otro marchito, algun que otro pasado amarillento. Carmen, Beatríz, Ana... mujeres que le quisieron, que le hubiesen querido a cualquier otro, en su lugar, en cualquier otro, en su lugar, que hubiese requerido de amores.

Así, pués, Ernesto un poco desilusionado y un poco cínico.

El amor-había escrito- es una tontería.

Sin embargo, había nacido para amar. Al lado de una mujer que hubiese sabido corresponderle, bucear en su alma, hubiese sido un esclavo. Pero el amor con un espíritu de desilusión, con un espíritu de saciedad. Pero el destino, que tiene sus inexplicables crueldades, le había sido adverso. Sembró su camino de almas que no le comprendieron, de mujeres que le traicionaron, y de encantos, que lloró amargamente, emergió un hombre nuevo, un hombre desilusionado y un poco cínico.



El reloj dió las tres, Habían sido, pués, cinco horas de continuo meditar, desde las diez....

¡Cinco horas! Y con todo, Ernesto no sabía qué hacer..

—Yo busqué al amor—había escrito tambien—pero hube de convencerme de que el amor es una bella mentira....

Quiso vivir una vida intensa, para buscar olvido en la despreocupación. ¡Pobre hombre! Su risa tuvo el trágico vibrar de la risa que nace en el llanto. Ya no quería creer en el amor, pero alma adentro, en lo más íntimo de su ser, algo, como una garra, le iba detrozando pedazo a pedazo. Era el convencimiento de su propia soledad; era la enorme tragedia de su pobre alma que buscaba y buscaba una fuente donde abrevar su sed amores y no la encontraba. ¡Hombre nacido para amar y que no encontraba quien le amase a su vez!

Un día, harto de soledad y de dolor, se refugió en el remanso socorrido de todos los desilusionados: el matrimonio.

III

Y fué la prosa, la horrible prosa de la brega diaria que no conoce la delicia de una emoción. Ernesto hubiese podido decir que su corazon había dejado de latir, puesto que ya no respondia a nada que no fuese lo establecido para todos los días. Pasaban las horas anodinas, incoloras, como una inmensa llanura donde no hay árboles ni montañas; ni menos fuentes y flores. ¿Era la felicidad? Sí, pero una felicidad de bestia, incapaz de comprender el ritmo de un verso, el poema de una estrella, la poesía de una mujer....

Y he aquí que surgió en su vida un momento feliz. Un día le presentaron a una mujer. Y mujer era aquella que llevaba en sus ojos fulguraciones de sol, que tenía en los labios prendido un constante amanecer y que, sobre todo, había fundido en su risa las más argentinas vibraciones Oh, su risa, de cristal de Bohemia, de plata labrada, de oro fundido! Oh, su risa que era como un rayo solar difundiendo juventud, que era como una claridad lunar irradiando primavera, que era una síntesis de todas las músicas y de todos los ritmos!....

—Seré su amigo.—Determinó Ernesto.

Lo fué. La siguió, la buscó, la tuvo constantemente en el pensamiento. Era como un aterido de frío que buscaba el calor de la lumbre. Era como un mendigo espiritual que para dar alimento a su alma pedía la limosna de una palabra amiga, de una sonrisa cordial. Cuantas veces se embelesó en la luz de los ojos de la amiga! Cuantas veces se anegó, como en un baño lustral, en las aguas límpidas de sus miradas! Cuantas veces oyó resonar su risa, alegre como unas campanas cantarinas, y sintió despertarse en lo más hondo del ser un eco que le recordaba su propia juventud!

Feliz, sí; lo fué, con una felicidad hermosa, plena. En la santa amistad había encontrado la panacea para la sed, sentida desde años lejanos, de derramarse en nobles cariños. Por esa amiga, hubiese hecho cualquier cosa, y por esa amiga, rogaba todos los días, él que no era creyente, para que no le diese la vida los desencantos que le había dado la suya. En silencio, en la sombra discreta que buscan las almas que quieren sinceramente acercarse a Dios, rogaba y rogaba, recogido en piedad, por que jamás se empañasen aquellos ojos con una lágrima, por que jamás se quebrase aquella risa en un gemido....

Pero un día, en no recordaba qué libro, leyó esta sentencia terrible:

—No existe la amistad. La amistad es una forma de amor..

—Y tuvo miedo, orque le atenazaba la duda. ¿Era amis ad o era amor?

IV

Era amor. Así se lo dijeron aquellas cinco horas de honda meditación, un amor irresistible, un amor que le había ido devorando de día en día, de hora en hora, como una llama destructora. Un amor que llenaba todos sus pensamientos, que le hablaba todos los instantes, que se había incrustado en su alma. Un amor que arrastraba en todas partes, como un grillete; que resumía para él todo el pasado y todo el futuro, que era la misma vida ya, porque su vida, sin ese amor, sería ya la muerte.....

Pero aquel amor era una traición. Una traición a la amiga que acaso no lo sospechaba siquiera, que en su inocencia creyó acaso posible que existiese la amistad. Y la conciencia le dictó, implacable, una orden:

—¡Calla y aléjate!....

Lo meditó días y días, y más hondamente que nunca, esta noche desde que se acostó a las diez. El no tenía derecho a amar; estaba, como un pájaro en la jaula, sin espacio donde volar, con las alas plegadas a los flancos, ya sin fuerzas para el vuelo. Pero, y ¿su felicidad? y, ¿sus sueños? Y, sobre todo, ¿su amor que era sincero, que era puro, que no era un capricho sino una necesidad?

Un pensamiento egoista presidía sus pensamientos. Comprendía que renunciar a aquel amor era volver a la prosa anadina, a la rutina que no permite la delicia de una emoción. Era volver a la vida anterior de brega diaria, como una bestia incapaz de comprender el ritmo de un verso, el

Reproducción del original publicado en el periódico *The Independent*, 28 de septiembre de 1929, del ejemplar existente en la biblioteca del Museo López, Manila.

inicial, y en pos de ellas, una caravana de desencantos. De cuantas mujeres se creyó amado, sólo conservaba nombres, y con ellos, guardados en el cajón de recuerdos, algún que otro pétalo marchito, algún que otro pañuelo amarillento. Carmen, Beatriz, María… mujeres que le quisieron, como hubiesen querido a cualquier otro, si cualquier otro, en su lugar, les hubiese requerido de amores.

Era, pues Ernesto un poco desilusionado y un poco cínico.

—El amor —había escrito— es una bella tontería.

Y, sin embargo, había nacido para amar. Al lado de una mujer que hubiese sabido corresponderle, bucear en su alma, hubiese sido un esclavo. Miraba al amor con un espíritu de sacrificio. Pero el destino, que tiene harto inexplicables crueldades, le había sido adverso. Sembró su camino de almas que no le comprendieron, de mujeres que le traicionaron, y de sus desencantos, que lloró amargamente, emergió un hombre nuevo, un poco desilusionado y un poco cínico.

—Yo busqué al amor —había escrito también— pero hube de convencerme de que el amor es una bella mentira…

Quiso vivir una vida intensa, para buscar olvido en la despreocupación. ¡Pobre hombre! Su risa tuvo el trágico vibrar de la risa que nace en el llanto. Ya no quería creer en el amor, pero alma adentro, en lo más íntimo de su ser, algo, como una garra, le iba destrozando pedazo a pedazo. Era el convencimiento de su propia soledad; era la enorme tragedia de su pobre alma que buscaba y buscaba una fuente donde abrevar su sed de amores y no la encontraba. ¡Hombre nacido para amar y que no encontraba quien le amase a su vez!

Un día, harto de soledad y de dolor, se refugió en el remanso socorrido de todos los desilusionados: el matrimonio.

Y fue la prosa, la horrible prosa de la brega diaria que no conoce la delicia de una emoción. Ernesto hubiese podido decir que su corazón

había dejado de latir, puesto que ya no respondía a nada que no fuese lo establecido para todos los días. Pasaban las horas anodinas, incoloras, como una inmensa llanura donde no hay árboles ni montañas; ni menos fuentes y flores. ¿Era la felicidad? Sí, pero una felicidad de bestia, incapaz de comprender el ritmo de un verso, el poema de una estrella, la poesía de una mujer…

Y he aquí que surgió en su vida un momento feliz. Un día le presentaron a una mujer. Y mujer era aquella que llevaba en sus ojos fulguraciones de sol, que tenía en los labios prendidos un constante amanecer y que, sobre todo, había fundido en su risa las más argentinas vibraciones. ¡Oh, su risa, de cristal de Bohemia, de plata labrada, de oro fundido! ¡Oh, su risa que era como un rayo solar difundiendo juventud, que era como una claridad lunar irradiando primavera, que era una síntesis de todas las músicas y de todos los ritmos!...—Seré su amigo —determinó Ernesto.

Lo fue. La siguió, la buscó, la tuvo constantemente en el pensamiento. Era como un aterido de frío que buscaba el calor de la lumbre. Era como un mendigo espiritual que para dar alimento a su alma pedía la limosna de una palabra amiga, de una sonrisa cordial. ¡Cuántas veces se embelesó en la luz de los ojos de la amiga! ¡Cuántas veces se anegó, como en un baño lustral, en las aguas límpidas de sus miradas! ¡Cuántas veces oyó resonar su risa, alegre como unas campanas cantarinas, y sintió despertarse en lo más hondo del ser un eco que le recordaba su propia juventud!

Feliz, sí; lo fue, con una felicidad hermosa, plena. En la santa amistad había encontrado la panacea para la sed, sentida desde años lejanos, de derramarse en nobles cariños. Por esa amiga, hubiese hecho cualquier cosa, y por esa amiga, rogaba todos los días, él que no era creyente, para que no le diese vida los desencantos que le había dado la suya. En silencio, en la sombra discreta que buscan las almas que quieren sinceramente acercarse a Dios, rogaba y rogaba, recogido en piedad, por que jamás se empañasen aquellos ojos con

una lágrima, por que jamás se quebrase aquella risa en un gemido…

Pero un día, en no recordaba qué libro, leyó esta sentencia terrible:

—No existe la amistad. La amistad es una forma de amor…

—Y tuvo miedo, porque le atenazaba la duda. ¿Era amistad o era amor?

IV

Era amor. Así se lo dijeron aquellas cinco horas de honda meditación, un amor irresistible, un amor que le había ido devorando de día en día, de hora en hora, como una llama destructora. Un amor que llenaba todos sus pensamientos, que le hablaba todos los instantes, que se había incrustado en su alma. Un amor que arrastraba en todas partes, como un grillete; que resumía para él todo el pasado y todo el futuro, que era la misma vida ya, porque su vida, sin ese amor, sería ya la muerte…

Pero aquel amor era una traición. Una traición a la amiga que acaso no lo sospechaba siquiera, que en su inocencia creyó acaso posible que existiese la amistad. Y la conciencia le dictó, implacable, una orden:

—¡Calla y aléjate!...

Lo meditó días y días, y más hondamente que nunca, esta noche desde que se acostó a las diez. Él no tenía derecho a amar; estaba, como un pájaro en la jaula, sin espacio donde volar, con las alas plegadas a los flancos, ya sin fuerzas para el vuelo. Pero, y ¿su felicidad? y, ¿sus sueños? Y, sobre todo, ¿su amor que era sincero, que era puro, que no era un capricho sino una necesidad?

Un pensamiento egoísta presidía sus pensamientos. Comprendía que renunciar a aquel amor era volver a la prosa anodina, a la rutina que no permite la delicia de una emoción. Era volver a la vida anterior de brega diaria, como una bestia incapaz de comprender el ritmo de un

verso, el poema de una estrella, la poesía de una mujer…

Pero Ernesto supo mostrarse fuerte. Antes que nada, estaba ella, la mujer buena a quien quería por encima de todas las cosas. Por ella se sacrificaría, por ella callaría, por ella se alejaría…

Se levantó, y fue a desentrañar el cajón donde guardaba sus mejores tesoros. ¡Y cuando tuvo en la mano el retrato de la buena amiga, sintió una enorme debilidad! ¡Renunciar a ella, renunciar a la última ilusión que prometía prender a su vida una llamarada inmortal! Pero la conciencia repitió, implacable, la orden:

-¡Calla y aléjate!

Ernesto cerró los ojos. ¡En los párpados había sentido temblar una lágrima!...